

pio, como algo producto de la voluntad propia y no de la ajena.

La obra de Philip Pettit, pues, nos ofrece una aproximación a la idea de libertad que, lejos de rehuir la difícil cuestión de la definición de lo que debería considerarse un individuo autónomo en un contexto social, arranca, en primer término, de una exploración concienzuda de los condicionantes relacionales-sociales y cognitivos que dicha noción de libertad lleva de la mano. A partir de ahí, la caracterización de los contenidos de la libertad en el marco conceptual del republicanismo, en la que Pettit hace gala de un pluralismo metodológico poco frecuente —planos de realidad distintos conllevan estrategias explicativas distintas, desde explicaciones en

términos intencionales hasta explicaciones de tipo estructural e histórico—, deviene tarea compleja, pero no complicada.

David Casassas

Universidad Católica de Lovaina
Cátedra Hoover de Ética Económica
y Social
y Universitat de Barcelona
Departament de Teoria Sociològica,
Filosofia del Dret i Metodologia
de les Ciències Socials
dcasassas@ub.edu

Irkus Larrinaga

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Filosofia
irkus.larrinaga@uab.es

BOUDON, Raymond

Raison, bonnes raisons

París: Presses Universitaires de France, 2003

(Collection Philosophes en Sciences Sociales)

En esta obra de talante divulgativo, Raymond Boudon recopila una serie de argumentos propios que defienden la necesidad de reformular la noción de racionalidad en ciencias sociales, superando las limitaciones de la teoría de la elección racional (TER).

Boudon arranca su ensayo con una introducción sobre los diversos tipos de explicaciones causales presentes en las ciencias sociales en la actualidad. Hace una crítica a las teorías que descansan en fuerzas «culturales», «biológicas» o «psicológicas», tales como la falsa conciencia, la mentalidad primitiva, los cuadros mentales, los sesgos cognitivos o el inconsciente, que caracteriza como cajas negras. La alternativa a este tipo de explicaciones es la TER, que, con promotores como Gary Becker, pretende erigirse en la teoría general de las ciencias sociales.

Boudon reconoce la utilidad de esta teoría en tanto que da explicaciones auto-suficientes y elimina el recurso a fuerzas ocultas, pero hace una crítica a las limitaciones de la TER en cuanto a su campo de aplicación. Afirma que muchos fenómenos sociales que no caben en una explicación de este tipo también deben ser estudiados como acción racional. En una línea declaradamente heredera de Weber, la intención del autor es que la racionalidad deje de asimilarse con su forma instrumental, liberando las ciencias sociales de la seducción utilitarista. De modo que «el postulado de racionalidad admite que el *sentido* para el actor de sus actos o creencias reside en las *razones* que tiene para adoptarlas» (p. 52).

El primer capítulo expone someramente el sistema de postulados que componen la teoría de la elección racional. Boudon

enuncia los postulados teóricos sobre las acciones, las creencias y las actitudes de los sujetos de la siguiente manera:

- (1) El primer postulado es el *individualismo metodológico*.
- (2) El segundo postulado es la *comprensibilidad* de toda acción, creencia o actitud individual.
- (3) El tercer postulado es la *racionalidad* de las acciones, creencias y actitudes.
- (4) El cuarto postulado es el *instrumentalismo* o consecuencialismo que caracteriza la acción.
- (5) El quinto postulado es el egoísmo o *autointerés*.
- (6) El sexto postulado, la *maximización*, se refiere al método por el cual el sujeto hace cálculos de costes y beneficios a la hora de tomar decisiones.

Tras su descripción de la TER, el autor realiza un breve recorrido por las aplicaciones de esta teoría en el campo de la ciencia política contemporánea. Resalta el éxito de la teoría para explicar las reglas decisorias de la mayoría y de la unanimidad en determinadas sociedades (Popkin¹), y los fracasos de dicha teoría para explicar otros fenómenos como la paradoja del voto.

Boudon identifica tres tipos de fenómenos ante los cuales la TER se revela impotente:

- (1) Las creencias descriptivas no triviales, es decir, la adhesión de los individuos a teorías específicas que les sirven para dar una explicación satisfactoria a unos hechos. Estas *creencias cognitivas* no son de tipo instrumental. Según el autor, la mayor insuficiencia de la TER viene de ignorar esta naturaleza cognitiva de muchas creencias.
- (2) Las *creencias axiológicas*, que el individuo adopta porque le parecen correctas, sin que le reporten ventajas

instrumentales. «Hay que reconocer que el actor social puede tener opiniones muy cerradas, que incluso concibe como constitutivas de su identidad, sobre sujetos que no le conciernen ni de lejos en sus intereses personales. Es una de las razones por las que la TER, a pesar de su importancia decisiva, no podría constituir una base para la sociología» (p. 158).

- (3) El tercer tipo de fenómenos que escapan a la TER son las *acciones no egoístas*. Cabe mencionar que el autor no define con claridad este tipo de acciones.

Para hacer frente a las insuficiencias de la TER, Boudon propone deshacerse de los postulados 4 a 6 —instrumentalismo, egoísmo, maximización— y dejar la teoría armada con los postulados 1 a 3 —individualismo, comprensibilidad, racionalidad—. Acepta que los postulados 4, 5 y 6 pueden ser pertinentes en algunos tipos de situación específica, pero que los primeros postulados son los más generalizables al análisis de la acción y las creencias, y, por tanto, son los que han de vertebrar un modelo general de racionalidad.

El segundo capítulo de esta obra está dedicado a exponer la categoría de *racionalidad cognitiva*, que se comporta en el conocimiento ordinario exactamente igual que en el campo científico. Una teoría es aceptada mientras no se disponga de una teoría alternativa igualmente aceptable. Sin saberlo, los sujetos aplican el principio popperiano de la «falsificación» al formar sus creencias. Si bien todo conocimiento viene marcado por su contexto, el autor rechaza la clasificación del conocimiento ordinario como meramente cultural, y el del conocimiento científico como puramente racional, y propone que ambos son racionales y contextuales. Precisamente, la labor

1. POPKIN, S. (1979), *The Rational Peasant: The Political Economy of Rural Society in Vietnam*, Berkeley University of California Press.

del sociólogo es identificar los mecanismos y los parámetros contextuales que producen las creencias en cada contexto concreto. Y en el descubrimiento de mecanismos comunes a contextos dispares está la función claramente propia de las ciencias sociales respecto a la historia.

Para ejemplificar el uso sociológico de la *racionalidad cognitiva*, Boudon se explica en ejemplos de sociólogos clásicos cuya virtud es limitarse a las explicaciones basadas en lo que vagamente denomina «psicología ordinaria». Por ejemplo, Tocqueville² explicó el anticlericalismo francés de fines del siglo XVIII como un razonamiento de los individuos que veían en la fe y en la Iglesia a unos cómplices de un poder político alejado del interés de los ciudadanos. La agregación de estas creencias individuales generó una creencia colectiva percibida por muchos como fundamentada en razones fuertes. A esta creencia cognitiva se sumó el apoyo de muchos que, por razones estratégicas, no declaraban su apoyo a la religión para así sumarse a la opinión anticlerical dominante en su contexto social.

Por su parte, Durkheim³ explicó las creencias mágicas como derivadas de un pensamiento religioso que no era irracional. Por ejemplo, los ritos de lluvia se efectuaban en época de necesidad, y a menudo coincidían con el acontecimiento real, de modo que la falsa relación de causalidad parecía estar confirmada. Si no acontecía esta correlación espurea de rito y lluvia, los magos imaginaban hipótesis auxiliares para no desechar su teoría mágica. Efectuaban el mismo razonamiento de los científicos descrito por la tesis de Duhem-Quine, según la cual las contradicciones entre una teoría y los hechos empíricos pueden ser atribuidas a un ele-

mento secundario. De modo que, efectuando una modificación menor de la teoría, se conserva la totalidad de la misma y se la hace compatible con los hechos.

Boudon critica el carácter metafísico de las nociones de «cuadro mental» y «sesgo cognitivo» y propone que se conceptualicen los errores de inducción y las creencias razonables pero falsas como productos de parámetros contextuales. A continuación, ofrece una breve descripción de algunos tipos de parámetros contextuales.

Los *parámetros de posición* son el punto de vista impuesto por la posición social del individuo. Por ejemplo, Boudon afirma que un funcionario difícilmente puede tener una visión liberal, puesto que percibe el Estado como el mecanismo capaz de introducir orden en la jungla de intereses privados.

Los *parámetros cognitivos* pueden depender del contexto social y limitan el nivel de complejidad de las teorías y la capacidad del sujeto de juzgar su validez. El autor pone el ejemplo de una encuesta de opinión de Inglehart, Basañez y Moreno⁴, que testaba hipótesis erróneas sobre la creación de empleo en varios países, y cuyas respuestas más o menos cercanas a la teoría —errónea— se correspondían con los niveles de instrucción de los entrevistados.

En el tercer capítulo, Boudon desarrolla su noción de *racionalidad axiológica*, que es una forma de racionalidad, puesto que «las convicciones axiológicas se forman en el espíritu del individuo sobre la base de razones percibidas por él como fuertes, exactamente igual que sus convicciones no axiológicas» (p. 100). Boudon considera la *racionalidad axiológica* como una forma de *racionalidad cog-*

2. TOQUEVILLE, A. (1986, [1856]), *L'Ancien Régime et la Révolution*, París, Laffont.

3. DURKHEIM, E. (1979 [1912]), *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, París, PUF.

4. INGLEHART, R., BASAÑEZ, M., MORENO, A. (1998), *Human Values and Beliefs, a Cross-cultural Sourcebook*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.

nitiva. Y tales razones axiológicas también dependen de los parámetros contextuales que caracterizan al sujeto. Boudon pone dos ejemplos de sentimientos morales racionales.

Su primer ejemplo es el empeño de los empleados por ser tratados de manera exactamente igual, y su reacción de indignación ante violaciones de esta igualdad —tal y como describe Mills⁵—. Tal indignación se fundamenta en el razonamiento axiológico de que debe existir una absoluta igualdad entre contribuciones y retribuciones.

El autor aborda, en segundo lugar, los principios que fundamentan los sentimientos sobre la legitimidad de las desigualdades desde un experimento de Frohlich y Oppenheimer⁶ en el que se pidió a los entrevistados de dos países elegir la más justa entre cuatro distribuciones ficticias de ingresos. El resultado —en ambos países— difería del principio de diferencia de Rawls, ya que la opción mayoritariamente seleccionada fue la distribución que maximiza la media de ingresos con límites de ingresos mínimos para los estratos inferiores. La interpretación que el autor da a estos resultados es que los sujetos del estudio pensaban que las distribuciones ficticias eran funcionales —con correspondencia entre contribución y retribución—, y, por tanto, razonaban que se trataba de desigualdades legítimas.

Como en el caso de la *racionalidad cognitiva*, Boudon propone parámetros contextuales que intervienen en la *racionalidad axiológica*. El parámetro de *anclaje comunitario* hace que el sujeto tienda a suscribir principios e ideas por su valor funcional, puesto que los valores de la comunidad de adscripción sirven a la comunidad en cuestión y, por extensión,

al propio individuo. Boudon pone el ejemplo de unos sondeos de opinión franceses relativos al enjuiciamiento de los ex ministros socialistas Fabius, Dufoix y Hervé por el caso de la sangre contaminada. En dicho sondeo se activó el parámetro de *anclaje comunitario*, en tanto que los simpatizantes socialistas y los simpatizantes del Frente Nacional dieron muchas más respuestas partidistas que el resto de los encuestados, mientras que en otra pregunta del mismo sondeo no se activaba la respuesta partidista y, por tanto, no aparecían tales diferencias en las respuestas de los simpatizantes de distintos partidos.

El autor también menciona los *intereses personales* y los *intereses de rol* o categoría como parámetros contextuales que influyen en las opiniones de los individuos. Nuevamente, el autor emplea un ejemplo de un sondeo de opinión francesa sobre la ley de las treinta y cinco horas para mostrar cómo las opiniones varían en función de la categoría social del encuestado (empleado, desempleado, empresario). Interpreta que el apoyo a esta ley por parte de empleados y desempleados viene dado por su *interés personal*, y que en el caso de los empresarios, su *interés de rol* les hace adversos a una medida que pueda afectar negativamente a los resultados de la empresa.

El capítulo cuarto es un conjunto de respuestas y aclaraciones que el autor anticipa a objeciones que pueda recibir el modelo general de racionalidad que propone. Boudon aboga por superar la dicotomía constructivismo/objetivismo absoluto, y propone un «objetivismo relativo». El sujeto elige X en el momento en el que juzga el sistema T1 de razones sobre las que descansa X mejor que los demás sistemas de razones alternati-

5. MILLS C. W. (1951), *White Collar. The American Middle Classes*, Nueva York, Oxford University Press.
6. FROHLICH, N., OPPENHEIMER, J. A. (1992), *Choosing Justice, an Experimental Approach to Ethical Theory*, Oxford, University of California Press.

vos. El hecho de que no existan criterios generales para declarar verdadera una teoría no significa que esta teoría y los juicios sobre la misma sean arbitrarios o convencionales. Tanto las creencias cognitivas como las axiológicas están fundamentadas en razones «que o bien el actor tiene por sólidas, o bien estima satisfactorias» (p. 133).

En cuanto a la formación de creencias colectivas, el autor cree que siguen un proceso de racionalización por el cual van sobreviviendo las ideas más sólidas —razones fuertes— que guardan una autonomía relativa respecto de la historia. En un intento más bien confuso de explicar la diferencia entre buenas razones y razones fuertes, el autor explica que las *buenas razones* se producen cuando el sujeto elige una explicación satisfactoria para no tener que seguir buscando, mientras que cuando el sujeto tiene una mayor intensidad de convicción, tendrá *razones fuertes*.

El autor aborda la cuestión de la indeterminación diciendo que el sociólogo puede imputar razones no observables a los comportamientos de los sujetos postulando hipótesis psicológicas «comprensibles». Podemos asumir que toda estructuración clara de los datos estadísticos resulta del hecho de que los sujetos obedecen a ciertos grandes tipos de razones o de motivaciones (p. 142). Boudon no ofrece una definición nítida ni un criterio delimitador de las razones «comprensibles» e «incomprensibles» ni entre «psicología ordinaria» evidente y «variables disposicionales» oscuras. Desafortunadamente, esta carencia de una microfundamentación psicológica entorpece su afán de construir una teoría sólida de la racionalidad cognitiva.

Boudon, asimismo, adopta una posición crítica de la tesis de la razón comunicativa, afirmando que si bien la comunicación puede facilitar la determinación de la verdad, no es una condición necesaria para que el sujeto determine sus razones cognitivas ni axiológicas.

Según este autor, se puede dar el caso de la racionalización de emociones, en el que el sujeto busca una teoría que acomode sus afectos y la acepta aunque sólo tenga un mínimo de credibilidad. Sin embargo, construye su concepto de *racionalidad axiológica* asumiendo que las creencias normativas suelen ser racionales y desinteresadas. Cabe decir que el autor deja abierta, y por tanto analíticamente borrosa, la relación entre razones y emociones. No aclara un criterio operativo para distinguir y detectar las respectivas motivaciones afectivas o racionales para las creencias normativas.

En su conjunto, este libro aporta una interesante mirada crítica a la teoría de la elección racional, si bien no profundiza en la misma. Tampoco trata las aportaciones sobre *racionalidad limitada* que se están realizando desde disciplinas afines a la sociología, como la investigación sobre los mecanismos cognitivos humanos de la psicología cognitiva o los modelos teóricos herederos de Herbert Simon.

El gran mérito de esta obra es su eficacia a la hora de persuadir al lector de la necesidad para el análisis sociológico de desarrollar un nuevo modelo general de racionalidad.

Natalia Matas Piper

Universitat Autònoma de Barcelona
 Departament de Sociologia
 nataliamatas@wanadoo.es